



puñarlas. Se puso una nueva armadura, que aún existe en Madrid; su espada, de más longitud que la que empleó contra Portugal y más rica también, tenía el pomo y el guardamano dorados, y se encerraba en una funda de terciopelo celeste bordada de plata; su monograma adornaba su casco y un gracioso dibujo de flores, sus brazales, su coraza y sus botas de acero bruñido.

Antes de abrir la campaña imploró las oraciones de la Iglesia, porque su verdadero fin era el triunfo social de la cruz. En vez de imitar las levas en masa de las antiguas cruzadas y de arrojar pueblos contra pueblos, temió previsora excitar el fanatismo, la acumulación, los desórdenes de un entusiasmo indisciplinado, y el abandono de la agricultura. Sus sentimientos humanitarios querían economizar la sangre, y su fervor religioso ganar almas para el cielo, y no exterminar las criaturas. Concibió, pues, un sistema, en que la paciencia, la habilidad y el valor personal debían, supliendo al número, evitar una gran pérdida de soldados y darle la victoria. Consistía esta táctica femenil en aprovecharse de las rivalidades intestinas del enemigo, en dividir sus intereses y debilitarlo poco á poco, quitándole una en pos de otra todas sus plazas fuertes, concentrarlo todo en Granada y luego acometer á la soberbia ciudad, orgullo del islamismo en Occidente.

Su principal idea era aparentar no tener ningún plan fijo sobre la campaña, á pesar de que decía con reserva que *grano á grano había de comerse la granada*.

Al oír la relación de tantas y tan grandes cosas, llevadas á feliz término por la mano de una reina, el pensamiento procura tener una idea de la persona que las hizo. Felizmente abundan datos exactos sobre ella, que nos han legado los escritores de su tiempo, y que harán más fácil nuestra tarea.

Era Isabel de mediana estatura, pero proporcionada de un modo tan admirable, que la elegancia y suavidad de sus formas la ponía al nivel de lo más perfecto que puede imaginarse. Lo dulce y lo sereno de su mirar (1), la blan-

(1) «Muy blanca y rubia, los ojos entre verdes y

cura sonrosada de su tez, á pesar de sus trabajos de reina y de sus fatigas de madre, su casta boca, sus rubias trenzas, formando como un marco bruñido al óvalo perfecto de su cara, su actitud llena de dignidad y de nobleza, el metal de su voz, claro y firme como su carácter, sus movimientos, su recato, su honestidad en el vestir, todo estaba en armonía en aquella mujer sublime, todo respiraba en su sér la paz, el reposo, la tranquilidad de su alma pura. Por eso tenía poco que temer del estrago de los años este bello conjunto, y así, al despojarse de la lozanía y la frescura que constituyen los encantos y los misterios de otras hermosas, aumentó su majestad. Isabel, á la que con tanta razón llama Montalembert «la criatura más noble que haya reinado jamás sobre los hombres,» fué un todo maravilloso, que se reprodujo repartido entre sus cuatro hijas como una herencia.

Léjos de exagerar con nuestro entusiasmo las prendas de Isabel, hacemos con nuestra ruda prosa un pálido retrato de tan excelente modelo. Cuanto va expuesto no llega ni con mucho á lo que sentimos, y lo que sentimos, como quiera que es ménos de lo que nos enseñan los analistas contemporáneos, vamos á concluir citando los testimonios tributados á su memoria, no por los poetas y los escritores de la corte, sino por eclesiásticos de cuenta, que callaron mientras vivió, y cuyo elogio póstumo no deba ser sospechoso.

El cura de los Palacios exclama con ingenua y piadosa admiración en su *Historia de los Reyes Católicos*: «¿Quién podrá enumerar las perfecciones de esta cristianísima y bienaventurada princesa, la más digna de elogio! Además de ser casta por excelencia y noble de origen, tuvo entre las numerosas cualidades con que nuestro Señor la dotó, la de sobrepujar y eclipsar á todas las reinas que la precedieron, no sólo en España, sino en el mundo.» En cuanto á la fe la compara á Santa Elena, madre de Constantino, y al hacer mención de su veracidad, de su lealtad política, de su celo por la Iglesia y la pureza del clero, de su obediencia

azules.» Hernando del Pulgar, *Chronica de los reyes Católicos*, cap. XXIII, fól. 18.



á su marido, de su sincera piedad y de su liberalidad con los templos, la llama *la segunda Santa Isabel* (1).

El franciscano de Valladolid, autor anónimo del *Carro de las Doñas*, y que la conoció, al querer describir tanta grandeza de alma, tanta virtud y tanta modestia y hermosura, experimenta el mismo embarazo que Oviedo (2), no se siente con fuerzas bastantes para hacerlo, y prorrumpe de esta suerte, hablando del sabio arreglo que introdujo en su palacio y su persona: «No solamente esta cristianísima reina crió á sus hijas en gran perfección; mas aún las damas y mujeres de su casa todo era perfección y santidad.»

El continuador de la *Historia palentina*, del obispo Rodrigo Sánchez de Arévalo, dice sin rodeos, que la naturaleza no produjo nunca y que la Providencia no puso jamás en un trono á una mujer semejante á la católica Isabel; porque todas, ó por debilidades del corazón ó del gobierno, flaquearon en alguna circunstancia, mientras que ésta, siguiéndola de la cuna al sepulcro, se ve que su grandeza de alma sobrepuja á cuantas la precedieron, y llega á suponer que su pureza fué tan superior, que no cometió ni una falta mental (3).

Lucio Marineo no puede relatar tantos encantos; reconoce que todo cuanto poseía el rey de gracia, de distinción y de dignidad estaba reunido en su mujer en grado superior, y la declara «la felicidad de las Españas, el honor de la nación, la muestra más cabal de las virtudes» (4).

(1) «Fué muy prudentísima reina, muy católica en la santa fe, sicut *Hellena mater Constantini*... Fué muy devotísima é muy obediente á la Santa Madre Iglesia, é muy amiga é devota de la santa é limpia religion... Lismonera edificadora de templos, monasterios, iglesias, *secunda Helisabeth continens*.» Andres Bernaldez, *Historia de los Reyes Católicos*, cap. CC. MS.

(2) Aunque yo no sea tan suficiente ni tal mi estilo para navegar é discurrir por la muy alta é profunda mar de sus excelencias. Oviedo y Valdés. *Quincujena III*, estancia XI.

(3) «Non natura ei similen in regio dico diademata constitutam procreavit... Hanc enim si a primis ejus cunabulis emissam usque ad animam ejus vitam contemplamus... ut in ea ullum nunquam caloris illiciti stimulum.»

(4) «Omnis Hispaniæ felicitas, omne decus, om-

Más tarde, el venerable D. Juan Palafox, obispo de Osma, estableció cierta afinidad moral entre Santa Teresa y ella, por la semejanza de su estilo epistolar, su modo de concebir las cosas y las formas del pensamiento, deduciendo de esto «que si la Santa hubiera sido reina, fuera otra Isabel: así como si Isabel hubiera sido religiosa, fuera otra Santa Teresa» (1).

Más para que no se crea que el trascurso de los años ha podido añadirle nuevos títulos, oigamos á un testigo ocular, que tomó nota de sus impresiones al lado de aquel prodigio. Pedro Mártir, literato de fama, escribía al gran clásico de Roma Pomponio Laeto: «Considera lo que voy á decirte como un oráculo: esta mujer es más fuerte que un hombre fuerte, aventaja á todos los espíritus humanos: es un modelo admirable de honestidad (2) y decencia, y en parte alguna produjo su sexo otra con que compararla. ¿No te sorprende, Pomponio, que las dotes más opuestas á las de su condición las tenga en abundancia y como naturalmente?»

El tiempo justificó las palabras del protonotario apostólico. La virtud de Isabel cada vez fué á más ennoblecida con las penas y consagrada con el sufrimiento. Era tal la pureza de esta madre del dolor, que asegura el mismo, se la hubiera podido creer la castidad personificada, y añade para completar su idea, que después de la virgen (3) no hubo mujer más casta.

Hé aquí una apreciación más eminente aún que las que preceden, porque pertenece á un hombre verdaderamente extraordinario, que permaneció pobre y humilde toda su vida en medio de los honores, sin dejar de ser por eso gran arzobispo, gran cardenal, gran ministro y gran

nium virtutum pulcherrimum specimem.» Lucii Marinei [Siculi. *De rebus Hispaniæ memorabilibus*, libro XXI.

(1) Clemecin, *Memorias de la real Academia de la Historia*, Ilustración XXI, t. VI, p. 573.

(2) «Habeto pro Sibyllæ folio, Pomponi, quod nunc referam. Est hæc femina forti viro fortior, omni anima humana constantior. Mirum pudicitia et honestitatis exemplar, etc., *Opus epistolarum*, Petri Martyris Anglerii Mediolanensis, fól. 2. epist. VI.

(3) Hæc sibi post illam intemeratam Virginem Dei param. *Opus*, etc., liber. XVII, epist. CCLXXIX.



capitan. El sabio franciscano Jimenez de Cisneros, despues de haber descrito á la que él «reverenciaba con admiracion, expone: «Que no alumbró el sol otra como ella» (1). Si este varon santo se comprometió en tal afirmacion, fué porque tomó parte en sus consejos, examinó su conciencia, conoció su ferviente piedad y midió la asombrosa profundidad de sus alcances.

Bien á pesar nuestro los límites de este libro nos impiden tratar con más extension y detenimiento á tan gran rey. Pero con lo dicho y lo que está por decir, probarémos que la sublime Isabel era la personificacion del carácter caballeresco de su siglo y de su pueblo; que

(1) Cui similem sol noster planetaris nunquam in terris aspexit. Forrunatus Hubertus, *Menologium Sancti Francisci*, p. 1033.

ninguna mujer tuvo en el trono una fe más sincera, ni una prudencia más consumada, ni brilló con mayor lealtad; que Dios parecia bendecir sus proyectos y sus acciones; que pudo cuanto quiso, y quiso cuanto pudo; que la victoria coronó cada una de sus empresas; que extendió el pequeño reino que habia heredado envilecido, y lo elevó por sí sola al rango de potencia de primer orden; que, al emplear en su servicio á las más altas capacidades, permitió el Señor que su sabiduría aventajara la de sus consejeros; que por Isabel se verificó el más grande acontecimiento de la política europea, la expulsion de los moriscos, y que con Isabel se llevó á cabo la obra más extraordinaria de la humanidad; la que duplicando su dominio terrestre, decuplicó el horizonte de sus investigaciones científicas.

El convento de franciscanos de la Rábida.—Dudas cosmográficas de su guardian Fr. Juan Perez de Marchena.—Llegada casual de Colon al monasterio.—Hospitalidad que recibe y amistad que se establece entre él y el P. Marchena, quien lo recomienda al confesor de la reina.

En aquellos tiempos, á media legua de Pálos, en la cumbre de un cerro situado en la orilla del mar, asomaba por un bosquecillo de pinos el blanco campanario de Santa María de la Rábida, como el cuello de un cisne entre los juncos. Levantada sobre las ruinas de un templo de gentiles, agrandada en diversas épocas, sin cuidarse de la simetría y embadurnada de cal á la usanza de los árabes, contenia en su recinto dos claustros, una capilla con portada gótica y un jardin en el cual, á los lados de una parra y apoyados en limoneros, crecian jazmines reales.

En Julio de 1485 fué nombrado guardian de este convento un hombre, con quien pecaron de ingratos sus contemporáneos, pero que nosotros no podemos olvidar en nuestra historia.

Fiel observante de la regla de su instituto, daba este religioso á su comunidad el ejemplo del discípulo perfecto de San Francisco, y no hacia uso de sus prerogativas de superior más que para prolongar sus horas de estudio y de meditacion. La fama de su piedad y de su virtud voló por España. Le llamaron á la córte cuando ménos lo esperaba, y la reina, despues de consultarle varias veces, llegó á tenerlo en

tanta estimacion, que lo hizo su confesor. Y no sólo le apreciaba Isabel por su espíritu evangélico y eminentemente religioso como director de su conciencia y teólogo consumado, sino tambien porque con su singular penetracion descubrió en él, á pesar de su excesiva modestia, al buen astrónomo (1) y mejor cosmógrafo. Pero como el fausto de los palacios le era insoportable, suspiraba el humilde franciscano por el dulce sosiego y la soledad de su celda, logrando así, á fuerza de súplicas y ruegos, que le dejasen volver á ella.

Ni su laudable fervor le distraia de su afición á las matemáticas, ni le apartaba del cultivo de las letras el conocimiento de las ciencias exactas. La variedad de su saber está reconocida, tanto por Oviedo, que dice «era un gran cosmógrafo», como por Herrera, que añade al título anterior el de «gran humanista» (2),

(1) «Porque es un buen astrólogo, y siempre nos pareció que, etc., etc.» *Carta de la reina á Colon*, fecha 5 de Setiembre de 1493. Documentos diplomáticos, núm. 71.

(2) Oviedo, *Historia natural y general de las Indias*, lib. II, cap. V. Herrera, *Hist. gen.*, década I, lib. I, cap. VII.